

Nuevo descubrimiento de América

Una entrevista con Américo Castro

(Del *Heraldo de Madrid*. Madrid)

EN este yermo desolador que es la vida espiritual española quedan todavía algunos hombres—muy pocos—que, en recoleto apartamiento, velan la débil lámpara de nuestra cultura para que su parva luz no acabe de extinguirse. Son a modo de aquellos monjes medioevales que en los siglos bárbaros acogieron en la paz de sus claustros y salvaron de naufragio cierto el tesoro intelectual de Europa.

No pertenecen, por lo común, estos hombres, a esa estirpe de sabios hoscos y sórdidos que guardan su ciencia como los avaros sus dineros, y puesto que ceden alguna, lo hacen con tan rudo gesto y agrias palabras que no hay quien la trague. Trátase, por lo contrario, ahora, de gentes muy cumplidas y corteses, de amable y generosa condición, que a nadie niegan la parte de sabiduría que pide, sino antes le requieren a compartirla, y se la aderezan y aliñan del modo que la haga más grata, leve y sabrosa. Viene de aquí que en torno a estas figuras se agrupen juveniles coros, de donde han de salir luego las voces más puras.

Tipo representativo de este linaje de españoles es D. Américo Castro, cuyo nombre cobra ahora rango de símbolo. El señor Castro, en efecto, retornó no ha mucho de un largo viaje, cuya relación, si la hiciera, pudiera titular: *Nuevo descubrimiento de América*. El deseo de saber algo de tan levantada empresa nos ha llevado hoy a visitar al joven catedrático.

Me recibe éste en su despacho del Centro de Estudios Históricos; clara y holgada pieza que se abre a la bella calle de Almagro—más bella que nunca en la dulce tarde otoñal que tan bien se acuerda con el ambiente reposado y señorial de esta vía.

En el rostro y traza de Américo Castro se declara la huella de la raza más fuerte y más voluptuosa, más viril y más delicada, más acometiva y más ensoñadora que ha dominado en España. Su tez pálida y mate, enmarcada por suave barba negra; su fino perfil, su silueta ágil y ligera, de concierto con su expresión meditativa y su pausado ademán, hacen evocar una de aquellas figuras arábicas que, inclinadas sobre alambiques y retortas, o mirando a los cielos en las noches estrelladas, o, simplemente, escuchando la voz de su propio espíritu, arrancaron al Misterio sutiles y hondas confesiones, que luego tradujeron en extraños signos.

—De modo que lo que usted quiere de mí...—insinúa el profesor.

—Lo que yo quiero de usted—declaro—es oír algo de lo mucho que tendrá que decir de su viaje a América, y más concretamente, de la famosa cuestión de los americanismos en nuestra lengua y de la medida en que puede aceptárseles y darles asilo.

Como buen hombre de ciencia, Américo Castro es amigo del método.

—Procedamos por partes—dice—. Ante todo fijémonos en que antes de hablar del español en América conviene aludir al español en España. Y es lo cierto, lo tristemente cierto, que en España no se estudia el español. Es un caso único este de un país que no se interesa por su idioma, que no enseña su idioma. En París, sin ir más lejos, hay 11 escuelas oficiales dedicadas exclusivamente al estudio de la lengua francesa.

Este es el ejemplo de Francia. No digamos lo que ocurre en otros países. Pero aquí...

Una pausa, subrayada por un gesto de desaliento, y luego: —Aquí—prosigue mi interlocutor—no preocupa nada de esto. No hay libros para aprender el español, o, si los hay, son tan malos que más valía que no los hubiera. Y así resulta que España no ejerce la influencia que debiera en América. Esto sólo se podría conseguir con maestros capacitados para enseñar allí el español.

—¿No será también—interrumpo—que se nos mire allí con alguna prevención y prefieran los profesores indígenas?

—No lo crea usted—protesta, no ya sólo con los labios, pero también con ojos y manos Américo Castro— En los países americanos no cabe una disposición más favorable para nosotros. Y esto ocurre lo mismo en las grandes naciones, como la Argentina, que en los pequeños Estados, como Costa Rica. Mire usted...

Levántase Castro, y de un montón de periódicos escoge dos o tres ejemplares.

—Aquí tiene—continúa mostrándomelos—unos números del REPERTORIO AMERICANO, semanario de cultura hispánica.

Es, en efecto, una revista de no muchas páginas; pero éstas de copiosa y muy trabada lectura, donde a los temas españoles, en general, se unen páginas firmadas por nuestros escritores contemporáneos y breves antologías de los clásicos.

—Dirige esta publicación—sigue hablando el profesor—un costarricense que, a pesar de serlo muy de corazón, es también ardiente hispanófilo. Hablo de don Joaquín García Monge.

—Pero, ¿y el Estado español? ¿No sabe esas cosas? ¿No hace nada?

—Aquí las cosas se hacen ellas solas, a pesar de la inhibición (cuando no resistencia) oficial. Si hay escritores, si hay intelectuales, si hay artistas es por obra y gracia del Espíritu Santo.

Yo, el más humilde de los autodidactos, asiento mudamente.

—Por eso, a pesar de la abstención de nuestros Poderes públicos, se va logrando intensificar la enseñanza del español en América. Y aquí conviene recordar un hecho curioso.

Como el folletinista que en el punto más interesante detiene su relato, así Américo Castro hace un breve silencio en el suyo, en tanto que, luego de ofrecerme otro, enciende un cigarrillo. Muy luego viene la *continuación*:

—En 1890, la República de Chile necesitaba organizar sus estudios hispánicos de filología. Por entonces no había en España doctores—ni acaso iniciados—en esta disciplina. ¿Qué hicieron entonces los chilenos? Muy sencillo: acudir a dos alemanes, filólogos famosos, que habían dedicado las más de sus vigiliadas a desentrañar los secretos de nuestra lengua. Estos sabios profesores eran los señores Rodolfo Lenz y Federico Hansen. Lo que escribieron forma una montaña de papel impreso. Vea usted, para muestra, estos botones.

Vuelve a levantarse Castro, y de un estante abrumado por el peso de libros y folletos extrae una pila de ellos que coloca ante mí. Voluminosos tomos, luengas monografías, revistas, memorias, componen una copiosísima bibliografía hispánica... escrita en alemán.

—Esto—comenta con su tanto de ironía mi visitado—para que digan que estas cosas filológicas son cuentos de vieja.

Vuelve a colocar en su sitio los intrincados tomos y sigue:

—Hasta que Altamira fué a Chile en 1911 no se escuchó allí la voz de un español autorizado. Ni Menéndez Pelayo, ni la señora Pardo Bazán, ni siquiera Melquiades Álvarez, que habían sido invitados a dar allí algunas conferencias, aceptaron el requerimiento.

Doce años más tarde, en 1923, la Argentina siguió el ejemplo de Chile y organizó, a su vez, los estudios hispánicos.